


El Telégrafo: orígenes de un diario guayaquileño

El Telégrafo: origins of a Guayaquil newspaper

Natalia Yolanda Tamayo Cruz

 <https://orcid.org/0009-0006-7860-1377>
Universidad de las Artes. Guayaquil, Ecuador. natalia.tamayo@uartes.edu.ec

 <https://doi.org/10.62325/10.62325/yachana.v12.n2.2023.871>

Resumen

Este trabajo se realizó en el marco del Proyecto de Investigación patrocinado por la Universidad de las Artes, *La Biblioteca de las Artes, historia de un proceso* adscrito al Grupo de Trabajo Arte y Memoria Social. Indaga en la historia de Diario El Telégrafo desde su fundación en 1884 hasta 1925 en consonancia con las relaciones sociales, políticas y económicas que influyeron para que se convierta en el medio de referencia de Guayaquil. La investigación toma como abordaje metodológico las consideraciones planteadas por la historia del tiempo presente respecto al análisis de la prensa y pone en relación las historias de vida de sus primeros propietarios con el fin de evidenciar las conexiones sociales, económicas y políticas que contribuyeron en el desarrollo de la empresa periodística. El relato que se presenta habla de la vida del diario y de sus fundadores. Espera develar las complejas relaciones de la prensa con el poder económico, empresa-

rial y financiero del país, y contribuir con nuevos elementos que permitan reescribir la historia de la prensa escrita del país, como instituciones que intervienen como actores u operadores políticos para lograr decisiones sociales que les beneficie.

Palabras claves: Historia, prensa, periodismo.

Abstract

This work was carried out within the framework of the Research Project sponsored by the University of the Arts, *The Library of the Arts, history of a process* attached to the Art and Social Memory Working Group. It investigates the history of Diario El Telégrafo from its foundation in 1884 to 1925 in line with the social, political and economic relations that influenced it to become the reference medium in Guayaquil. The research takes as a

Artículo de
Investigación



Esta publicación está bajo una
licencia [Creative Commons](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)
[Atribución-NoComercial 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)
[Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/) (CC BY-NC 4.0).

Fecha de recepción:
22/02/2023

Fecha de aprobación:
15/05/2023

Fecha de publicación:
28/07/2023

methodological approach the considerations raised by the history of the present time regarding the analysis of the press and relates the life stories of its first owners in order to demonstrate the social, economic and political connections that contribute to the development of the newspaper company. The story presented talks about the life of the newspaper and its founders. He hopes to develop the complex relations of the press with the economic, financial and financial power of the country and to contribute with new elements that allow rewriting the history of the written press in the country, as institutions that intervene as political actors or operators to achieve social decisions that benefit

Keywords: History, press, journalism.

Introducción

A lo largo del Siglo XIX en Ecuador, las páginas de los periódicos fueron el escenario de confrontación política de la sociedad. Revistas y periódicos creados por gremios, partidos políticos o sectores identificados con causas electorales o coyunturales enriquecieron ese debate y aportaron en la construcción de una esfera pública. Muchas de esas publicaciones tuvieron corta vida y aquellos que lograron permanecer activos durante el siglo XX han sido aquellos que estuvieron ligados al comercio y la banca.

La Revolución Liberal y los cambios que generó -libertad de cultos, libertad de prensa, separación de la Iglesia y el Estado- generó una proliferación de medios impresos. Enrique Ayala Mora (2012) afirma que los liberales se veían así mismos como portaestandartes del progreso y de la lucha por la libertad de pensamiento.

Para 1897, año en que se expidió la Constitución liberal, la publicidad impresa se hacía presente en las páginas de los diarios, las crónicas compartían el espacio con los artículos de opinión y las notas literarias. La última página recogía parte de la noticia anunciada en primera plana más anuncios pagados. (Ayala, 2012)

A medida que la información se convertía en un producto de venta, los medios requerían de nuevos equipos que aceleren el tiempo de producción en imprenta y les permita ofertar nuevos y diferentes servicios con los cuales recuperar costos. Es en ese contexto que los medios abiertamente activistas pasaron a ser concebidos como un negocio que requería una estructura empresarial e ingresos constantes. Como sostiene Ayala Mora, las suscripciones primero, la venta de publicación luego y el voceo, posteriormente, fueron los cimientos económicos para el funcionamiento de las empresas editoras.

En esa lógica de funcionamiento, como la identificación política partidaria de los medios potencialmente podía excluir a una parte de los consumidores, la declaración de apartidismo y de neutralidad se imponía como estrategia de mercado, aunque el activismo político continuaba de una manera velada.

Los contenidos empezaron a mercadearse como elementos de atracción, los cronistas eran personajes reconocidos; el dueño del periódico mantenía una columna de opinión y los contenidos informativos dependían de las notas locales y del telégrafo, estratégica red de comunicación garantizada por el Estado.

Convertidos en referentes, los periódicos han impuesto la agenda de debate de la sociedad a través de un mecanismo periodístico: la jerarquización temática, destacando unos temas e invisibilizando otros. Como señala Fernando Rivas (2009) “los periódicos y los diarios no son textos inocentes ni tampoco guardianes de la verdad histórica” (p. 23), sus contenidos no son reflejo de la realidad ni la verdad inobjetable, sino una mirada parcial o una versión de la realidad.

En consonancia con lo planteado por Luois Althusser (1988), los medios de comunicación transmiten la ideología dominante de una sociedad porque tienen el poder de crear y difundir imágenes, discursos y narrativas que moldean el pensamiento y el imaginario de la sociedad. Junto con la Iglesia y la Educación, sostiene Althusser, los medios de comunicación son aparatos ideológicos del Estado, cuya acción sirve para mantener la dominación hegemónica.

En tanto dispositivo del poder la prensa es un espacio compartido por intereses políticos y económicos con consensos y disensos. La opinión pública es más bien opinión publicada entendida como el lugar en el que se discuten asuntos del Estado por fuera del aparato estatal.

Si los medios de comunicación defienden el orden instituido, la declaración de libertad de expresión o de fiscalización del poder es rebatible. Más aún cuando la evolución histórica de los medios evidencia, desde su origen, su cercanía o su participación dentro de grupos económicos y financieros. Su accionar político será en representación de esos sectores.

Para evidenciar ese devenir de los medios es necesario hacer una revisión histórica que permita una reinterpretación de su

constitución y existencia a fin de desmontar los relatos convertidos en verdades absolutas.

En ese sentido, este texto busca aportar con una nueva mirada de los orígenes de Diario El Telégrafo de Guayaquil. Se ha tomado como punto de partida el concepto de Historia del Tiempo Presente planteado por Julio Aróstegui (1998) que hace alusión al análisis del pasado más reciente y su relación con el presente con el fin de entender las dinámicas sociales, económicas y políticas que han llevado hasta el momento actual.

Como señala Aróstegui, la función de la historia del presente es uno de los instrumentos de crítica y autocritica con el que sociedades de hoy, en cambio profundo cuentan para analizar procesos en cursos o que están inacabados.

Desde esa perspectiva, el historiador debe revisar los microprocesos, recurrencias y ausencias para determinar matrices que permitan interpretar los hechos. Arostegui afirma que lo importante es sacar a luz las diferentes estructuras de lo que es susceptible repetirse y las diferentes velocidades del cambio, sin las cuales no es posible conocimiento histórico alguno.

Para un análisis más pormenorizado, la Historia del Tiempo Presente permite la confluencia de diferentes disciplinas de las ciencias sociales para identificar, analizar y explicar la concurrencia de los procesos sociales.

Se ha tomado como referencia los trabajos de Carlo Ginzburg (1982) y Peter Burke (2005) en el que las biografías son herramientas que permiten explorar creencias, prácticas y analizar los acontecimientos históricos desde una perspectiva más de-

tallada; y sirven para cuestionar y revisar las interpretaciones históricas aceptadas como realidades incuestionables. Así, se ha tomado como hilo conductor del relato, la biografía de los primeros dueños de Diario El Telégrafo para evidenciar el surgimiento y relacionamiento del diario en la vida política y económica del país. Se ha acudido a la Economía Política de la Comunicación como el enfoque que permite entender las relaciones entre los medios de comunicación, la política y la economía, así como el funcionamiento del mercado de la información con sus lógicas de producción, distribución y consumo. (Ortega, 2011)

Desde la Sociología de la Comunicación, se advierte que los medios de comunicación son actores que operan al interior del sistema político apelando a diversos roles, con el objetivo de influir en la adopción de política pública que beneficie sus intereses o los del grupo al cual pertenecen. (Borrat, 2003)

Califano (2015) señala la importancia de asumir la información publicada como una realidad construida, que parte de una selección deliberada de lo que se considera noticiable y se pone a la sociedad a debatir los temas que los medios consideran importantes, esto es la agenda Setting, bajo unos marcos de interpretación, o lo que se conoce como teoría del Framing.

Borrat (2003) afirma que en su papel de comunicador público, el periódico se caracteriza por ser narrador y comentarista de conflictos políticos noticiables, mientras que como organización profesional es, además, participante de conflictos sobre los que informa u omite en su temario público.

Bajo este andamiaje conceptual se busca aportar con nuevos elementos de interpretación de la historia de los medios impresos del país. Los textos de referencia

abordan la vida de los periódicos desde dinámicas diferentes. La mirada cronológica o descriptiva que enumera las publicaciones periódicas, sus principales elementos y en algunos casos, los motivos de su desaparición. Nos referimos a *Historia de la Prensa de Guayaquil* de Camilo Destruge (1982) y a *Los periódicos guayaquileños en la historia 1821-1997* de Antonio Gómez Iturralde (1998a, 1998b).

Otros textos revisan la historia de los periódicos en relación con el acontecer social, económico y político del país. Hablamos del texto *El periodismo en la dialéctica de la política ecuatoriana* de Orquera (2015); y el paper realizado por el historiador quiteño Enrique Ayala Mora (2012) *La prensa en la historia del Ecuador: una breve visión general*. Por último, aquellos textos que aportan lecturas reflexivas de los medios en el contexto local y nacional y son artículos generados desde Loja de los investigadores Gutiérrez et al. (2016).

De manera particular, se advierten trabajos que indagan específicamente en la historia de algún medio de comunicación. Es importante señalar el aporte de Katherine Orquera (2020) al reseñar la historia de Diario El Comercio de Quito en los años 40 y abre una ruta para futuras investigaciones que se adentren en la vida de los diarios y de sus empresas de manera que se pueda poner en contexto su evolución, el origen que permitió su funcionamiento, los vínculos desarrollados por sus propietarios, las relaciones políticas, sociales y económicas que influyeron para su éxito.

Este trabajo pasa revista a los primeros 40 años de vida de Diario El Telégrafo. Intenta develar los nexos, las relaciones y las situaciones que contribuyeron de manera directa e indirecta para que pueda crecer

y convertirse en el diario de referencia de Guayaquil y del país. Señala algunos hechos políticos en los que participó de manera directa y la forma en que influyó en el sistema político y fue beneficiario de decisiones de política pública.

Como se mencionó anteriormente, se apoya en la historia de vida de quienes fueron sus primeros propietarios con la intención de develar los nexos económicos y políticos que tuvieron y como eso fue determinante en el devenir de esos periódicos.

Desarrollo

Los primeros años de El Telégrafo

Diario *El Telégrafo* circuló por primera vez el 16 de febrero de 1884. Su fundador Juan Murillo Miró fue hijo de Manuel Ignacio Murillo Pérez, considerado el patriarca del periodismo guayaquileño, llamado así por ser el responsable de la imprenta que sirvió para publicar el primer periódico de la ciudad. (Gómez, 1998a)

El Patriota de Guayaquil apareció el 21 de abril de 1821. Junto a *Primicias de la Cultura de Quito*, que circuló el 5 de enero de 1792, se convirtieron en los primeros diarios del país. Los dos medios de comunicación contaron, de una forma u otra, con el apoyo de la Masonería.

El historiador Jorge Núñez (2003) señala que Eugenio Espejo, responsable del diario quiteño, fue integrante de la logia El arcano sublime de la Filantropía, en Bogotá, luego de su exilio en 1789 y tras su retorno creó la Escuela de la Concordia, sociedad secreta destinada a cultivar el libre pensamiento y los principios de libertad, igualdad y fraternidad. *Primicias de la Cultura* fue el órgano de difusión de la Sociedad Patriótica Amigos del País.

El establecimiento de la primera imprenta de Guayaquil respondió a la gestión realizada por los masones como una necesidad para que la Junta de Gobierno cuente con un periódico que informe las gestiones administrativas de la ciudad.

Núñez (2003) subraya que José Joaquín de Olmedo integró la Logia Integridad 7 cuando participó en las Cortes de Cádiz (1811-1813). Su actividad coincidió con la decisión de la Masonería de impulsar la Independencia Americana para lo cual se creó la Logia Madre Hispanoamericana. La Logia La Fragua de Vulcano, creada por la Logia Estrella de Guayaquil en 1810, en la que se reunían Francisco María Roca, Francisco Marcos, Francisco de Paula Lavayen, Lorenzo de Garaicoa, José de Villamil, Rafael Jimena y Luis Fernando Vivero, impulsó un proceso independentista que perseguía además abolir la inquisición, establecer escuelas públicas y hacer efectiva la libertad de imprenta. (Núñez, 2003)

Camilo Destruge (1982) destaca los nombres de varios masones que contribuyeron con fondos para adquirir la imprenta. Entre otros, figuran Francisco María Roca, José de Villamil, Francisco Lavayen, Luis Fernando Vivero y José Joaquín de Olmedo; integrantes de la Logia Estrella de Guayaquil.

Tras la independencia, en 1821, circuló *El Patriota de Guayaquil* y se expidió el primer Reglamento de Libertad de Prensa que estableció formas de actuar del periodismo y sanciones ante el abuso a la libertad de expresión. El primer ejemplar contó con un texto de José Joaquín de Olmedo y fue impreso en el taller dirigido por Ignacio Murillo.

La imprenta, que fue un logro masón, permitió el apareamiento de otros medios: *El Chispero* (1825), *El Impugnador Justo*

(1825), *El Garrote* (1827), *El Colombiano del Guayas* (1827-1830) y *El Ecuatoriano del Guayas* (1833-1838). (Destruge, 1982)

Los masones estuvieron presentes tanto en la Independencia como en la conformación de la República. José Joaquín Olmedo, Vicente Rocafuerte, Pedro Moncayo, José María Urbina presidente, todos miembros de la masonería, que tuvieron un papel central en la política ecuatoriana.

Jorge Núñez (2003) afirma que los enfrentamientos políticos a lo largo del siglo XIX escondieron un enfrentamiento no solo entre conservadores y liberales, sino también entre la Iglesia y la Masonería. Guayaquil se asoció con el impulso capitalista-liberal y la Sierra como espacio conservador, terrateniente y clerical. La Masonería se ancló con la Costa capitalista, en tanto que la Iglesia se posicionó con la Sierra.

La confrontación obligó a los masones a mantener el secreto como norma de funcionamiento y que generaran organizaciones de servicio social. Vicente Rocafuerte fundó una primera Junta de Beneficencia en 1842. José María Villamil, Juan Bautista Destruge y José Mascote fundaron el Centro Filantrópico, antecedente de la Sociedad Filantrópica del Guayas fundado en 1849. (De la Torre, 1996)

La prensa fue, junto con el parlamento, las instancias municipales y los foros académicos, el espacio idóneo para promover el ideario liberal. Las imprentas y el ejercicio del periodismo fueron un aspecto clave que impulsaron los masones.

Otro eje de su accionar fue promover la educación y el libre acceso al conocimiento. Los Templos masones sirvieron para la formación de intelectuales, en tanto que la Biblioteca Municipal, fundada por Pedro Carbo en

1862, permitió acercar libros, periódicos y revistas a los ciudadanos. (Pérez, 2005)

En ese contexto social y político de la ciudad creció Juan Murillo Miró. En el seno de una familia cuya acción profesional transcurría alrededor de la imprenta y en un entorno influenciado por la presencia de los masones. Estudiante del Colegio San Vicente del Guayas -hoy Vicente Rocafuerte-, cuyo rector, Fernando Vivero, también fue integrante de la Logia Estrella del Sur. (Núñez, 2003)

Presidente del Consejo Cantonal de la ciudad en 1880. Partió en 1881 a Hamburgo con la intención de establecerse como agente comercial, pero se vio obligado a regresar por el deterioro de la salud de su madre y su esposa.

Los primeros años

El retorno de Murillo al país coincidió con la dictadura de Ignacio de Veintimilla. Las fuerzas políticas estaban claramente identificadas. Los católicos con la vertiente republicana y liberal; y los liberales con la tendencia radical y moderada (Ayala, 1994). Guayaquil contaba con varias imprentas. A más de la de Murillo, estaban la de José Joaquín Sono, la de Calvo y Cía, la de Juan José Malta; y la del Gobierno. (Pérez, 2005). Antonio Gómez Iturralde (1998a) registra que al finalizar el siglo XIX circulaban unos 90 impresos, entre los que figuraban *El Diario de Guayaquil* (1860), *La Nación* (1879), *El Globo*, *El Grito del Pueblo* y *El Tiempo* (1891).

Los diarios conservaban un marcado contenido político, de modo que la prensa fue el espacio idóneo en el que se reprodujeron los debates de la época y el originario espacio de público de opinión que señalan las historiadoras Bedoya (2010). El am-

biente se mostraba propicio para imprimir un nuevo medio de comunicación.

Tras la muerte de su padre, en enero de 1884, Juan Murillo Miró heredó la imprenta y un mes después puso a circular diario *El Telégrafo* (Pérez, 2005).

El primer número apareció seis días después de la posesión de José María Plácido Caamaño, electo Presidente por la Convención Nacional de 1884. El historiador Enrique Ayala señala que su triunfo significó dejar la línea liberal radical del alfarismo para dar paso a una opción moderada, denominada progresista, que buscaba la integración del país al circuito internacional sin cambiar la estructura social ni afectar el poder del Iglesia. A pesar de que en su gobierno se crearon las provincias de Bolívar y El Oro e instituyó el Sucre como unidad monetaria, no logró superar la confrontación política existente. (Gómez, 1998a).

El Telégrafo se posicionó como un diario liberal radical, por tanto, de oposición a Caamaño. Las primeras ediciones circulaban miércoles y sábados a un costo de 1 real por unidad y de 0.75 centavos de peso por mes (véase Figura 1).

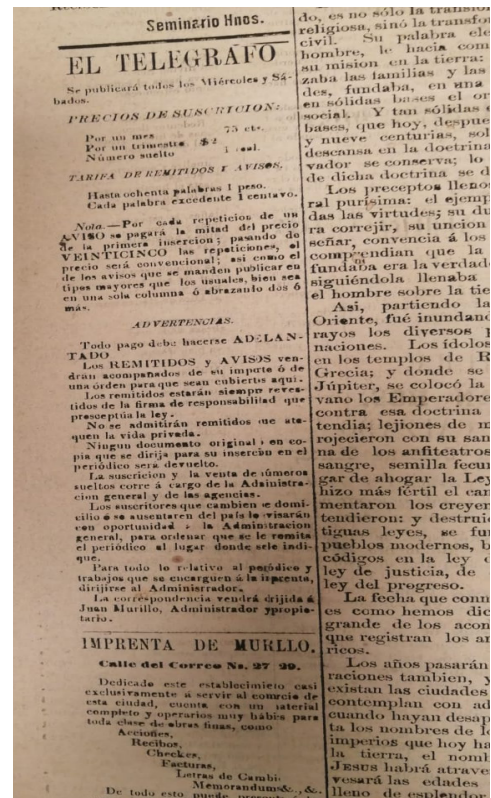
La primera página estaba destinada a información publicitaria contribuyendo al desarrollo comercial y financiero de la ciudad (véase Figura 2), lo que Benedic Anderson (1993/2006) califica como el aporte de la prensa para el desarrollo del capitalismo impreso. El modelo económico de financiamiento se sustentó con la venta diaria, las suscripciones mensuales, los remitidos y los avisos publicitarios. La parte editorial establecía mínimas normas de publicación que marcan los antecedentes de los manuales de estilo y, posteriormente, se implementaron en los periódicos.

Desde sus inicios, el periódico estableció una columna editorial que aparecía en la segunda página. El director/propietario expresaba sus ideas sobre los temas de debate social. Los textos informativos hacían referencia a lo publicado en otros medios -locales o nacionales- y a la correspondencia telegráfica, contribuyendo a la conformación de un imaginario común de identidad nacional. (Anderson, 1993/2006)

El 15 de noviembre de 1884, diez meses después que el diario empezará a venderse, se desató la revolución de los Chapulos liderada por Luis Vargas. Los ataques de

Figura 1

El Telégrafo, Guayaquil, 9 de abril de 1884



Fuente: Archivo Biblioteca de las Artes

los montoneros estuvieron presentes hasta 1887. El plan contaba con el apoyo de Alfaro desde Panamá que organizaba su retorno al país. Tras el Combate Naval de Jaramijó y el asesinato de Nicolás Infante, el 5 de enero de 1885, *El Telégrafo* publicó una hoja volante que contó con la firma de apoyo de cientos de ciudadanos.

En este contexto histórico, el proyecto liberal requería de un periódico que informe y oriente sobre la lucha y los diferentes acontecimientos ejecutados por los montoneros. *El Telégrafo* llenó esa necesidad política. Antonio Gómez (1998a),

ha comentado sobre la acción del diario en esa época, destaca que las oficinas del rotativo se convirtieron en un espacio de conspiración contra el régimen de Caamaño, actividad que se desarrollaba con cierta imprudencia. El gobierno habría insertado un espía dentro de sus colaboradores, hasta que Murillo fue detenido y desterrado a Chile. El periódico dejó de circular el 3 de julio de 1886.

Los colaboradores que trabajaron en los primeros años del diario fueron Francisco Campos, Doroteo Molleda, César Borja Lavayen, Lorenzo Peña, Césareo Carrera Padrón, Nicolás Augusto González, Gabriel Urbina, Camilo Destruge, Amadeo Izquieta, José Matías Avilés, José María Chávez Torres, entre otros. (Destruge, 1982)

Figura 2

El Telégrafo, Guayaquil, 5 de abril de 1884



Fuente: Biblioteca Municipal de Guayaquil

El exilio

Una vez en Chile, Murillo Miró entabló amistad con varios personajes. Entre ellos con el periodista liberal Juan Manuel Balmaceda Fernández, escritor de la Revista de Santiago y fundador del diario *La Libertad* de Santiago, que desde agosto de 1886 era presidente de Chile. (Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, s.f.)

Rodolfo Pimentel (2005) señala que la guerra civil chilena y la posterior renuncia de Balmaceda el 29 de agosto de 1891 dejó a Murillo sin el apoyo con el que contaba y lo volcó, nuevamente, a la ruina.

En 1888, tras la elección de Antonio Flores Jijón, se instauró una etapa de paz donde reinó la libertad de prensa y de asociación (Destruge, 1982). Su administración concedió amnistía los montoneros apresados en el régimen de Caamaño, se reformó el impuesto a los diezmos, se renegóció la deuda externa y se extendió la línea férrea hasta Quito.

Siguiendo la línea progresista, en julio de 1892, Luis Cordero asumió la Presidencia del Ecuador y renunció a su cargo el 16 de abril de 1895 en medio de acusaciones de corrupción. Entre 1894-1895 se produjo la guerra entre Japón y Corea. Chile se había declarado neutral lo que le impedía vender a Japón uno de sus buques, *El Esmeralda*. Ecuador, que no había tomado posición, fue conminado por el cónsul de Estados Unidos a celebrar una venta ficticia para encubrir esa negociación.

Pérez (2005) anota que Murillo atestiguó, en Valparaíso, el momento de zarpe del buque chileno con la bandera ecuatoriana y que al investigar detalles descubrió que el gobernador del Guayas, José María Plácido Caamaño, obtuvo una comisión de ochenta mil libras esterlinas. Por coincidencia, fue el mismo personaje que cuando presidente había dispuesto su exilio.

El caso se hizo público en enero de 1895 a través de los telegramas que Murillo remitió a José Abel Castillo, entonces, administrador del Diario de Avisos. La prensa guayaquileña -entre ellos *La Nación*, *el Diario de Avisos* y *el Imparcial*- se hizo eco del caso al que denominó *La venta de la bandera*. Camilo Destruge destaca que tras la renuncia de Cordero y la posesión del vicepresidente Salazar se desató un fuerte ataque a la prensa con clausura de talleres, prohibición de circulación de medios y la partida al exilio de varios periodistas.

La denuncia habría sido el disparador que aceleró el ascenso del liberalismo. La Revolución Liberal se proclamó el 5 de Junio. Alfaro entró a Quito luego de su triunfo en la zona de Gatazo al sur de la Capital (Ponce, 1938). El país entró en una nueva etapa política.

El retorno de Murillo

Tras once años en Chile, Juan Murillo regresó al país y puso nuevamente a circular *El Telégrafo* el 14 de octubre de 1896. Para entonces, José Abel Castillo se desempeñaba como administrador del diario.

Castillo, oriundo de Ambato, llegó a Guayaquil en 1861 con apenas 7 años. Trabajó en la casa comercial de su tío y luego en la Casa de Comercio Alemana donde llegó a ser Tenedor de Libros gracias a su autoformación en contabilidad. Liberal radical, trabajó como voluntario alfarista y en 1883 fue ayudante de Luis Vargas Torres, líder de la campaña del Ejército Liberal (Pérez, 2005).

Tras su corta etapa de militancia, trabajó en el bazar *La Juventud de Modas*, de José Guillamet, quien se convirtió en su benefactor. Guillamet fue accionista del Banco del Ecuador, segunda institución de emisión monetaria creada en 1868 que junto al Banco Luzurraga, habrían de manejar las finanzas y la política del Ecuador. (Acosta, 1995)

En 1893 se encargó de la contabilidad del *Diario de Avisos* y desde 1894 trabajó en la redacción del *Diario La Nación*. Entonces, junto con Aurelio Noboa Baquerizo, redactor de *El Imparcial*, descifraron los cables enviados por Juan Murillo con que develaron la negociación del buque Esmeraldas.

Rodolfo Pimentel recuerda que José Abel Castillo fue uno de los primeros firmantes del Acta de Proclama de Eloy Alfaro como Jefe Supremo el 5 de junio de 1895.

El incendio del 5 y 6 octubre de 1896 dividió la historia de Guayaquil en un antes y un después. El fuego arrasó 83 manzanas, más de mil casas y destruyó los más importantes edificios del centro de la ciudad.

Las oficinas del Banco Comercial y Agrícola, del Territorial y del Banco del Ecuador se consumieron, así como numerosos negocios, entre ellos el bazar de Guillamet donde laboró Castillo. (González, 1896)

En la crónica de los hechos, González señala que también se destruyeron los talleres de *Diario El Tiempo* y la casa de Juan B. Elizalde donde funcionaba *Diario La Nación*. Es importante señalar que en esa imprenta se elaboraba *El Pueblo*, órgano de difusión de la Sociedad Filantrópica del Guayas, que como se ha dicho, fue un proyecto masón. En todo caso, el 7 de octubre de 1896, el único medio que circuló fue *El Grito del Pueblo* dejando a la ciudad sin una voz liberal y con un evidente espacio vacío en la comunicación escrita. La circulación de *El Telégrafo*, desde el 14 de octubre de 1896, llenó el vacío dejado por los periódicos arrasados por el fuego.

La reconstrucción de la ciudad recayó en la Comisión de Socorros, encargada de recaudar y distribuir los fondos de ayuda nacional e internacional que llegaron al país. Esa comisión estuvo conformada por Luis A. Dillon, W. Higgins, Emilio Estrada, Miguel Campodónico, F. Salcedo, Julio Concha, Martín Avilés y J.A Wheeler. (Junta de Socorros, 1898).

La necesidad de rearmar la infraestructura urbana, comercial, financiera y bancaria obligó a las autoridades a tomar medidas. Rojas (2020) señala que el 27 de octubre de 1896, el Municipio convocó a un Concurso de Proyectos Urbanos para la reorganización urbana sentando una trama cuadrículada, base de la estructura de la nueva ciudad.

Como referencia, el Puerto concentraba el 38% de la población nacional, de la cual

el 54% era trabajadores de servicios, 41% de otras áreas y 5% de actividades desconocidas. Existía demanda de mano de obra para actividades agrícolas, portuarias y de servicios. Las actividades importadoras se encontraban en auge y el puerto tenía un importante movimiento comercial y financiero. (Pineo, 1994)

Los problemas de la ciudad se concentraban en cuatro áreas: abastecimiento de mercados; comunicación interna que facilite el comercio; industrias que provean bienes; y servicios financieros que posibiliten el auge del capital. El Estado liberal intentó responder a esos problemas. Se creó una Sociedad Protectora de la Industria (1 de junio de 1897); se constituyó la *Guayaquil & Quito Railway Co.*, encargada de los trabajos del ferrocarril del sur; se expidió una Ley Reformatoria de Bancos con la intención de pasar al talón oro y se consolidaron las deudas del Estado con la banca privada. (Gómez, 1998a)

La nueva etapa de *El Telégrafo* se inscribió en ese proceso de reorganización urbana de la ciudad, en medio de la dinamización de la banca y el comercio y el surgimiento de una élite con diferentes intereses que respondían a sus actividades comerciales, financieras, importadores y exportadores. (Véase Figura 3)

El diario mantuvo la diagramación de 6 columnas; el contenido refería a información comercial, noticiosa –nacional e internacional–; y, la columna de opinión del director. Los avisos comerciales se presentaron en la primera página, cambió la tipografía y la circulación pasó de la mañana a la tarde.

Un hecho que cambiaría la historia del rotativo porteño será la convocatoria de Eloy Alfaro a Juan Murillo para que dirija la

Escuela de Artes y Oficios de Quito, evidenciando desde ese momento la estrecha relación que mantenían los dueños de los periódicos con los gobiernos de turno.

El mismo año que la ciudad de Guayaquil debatía el proyecto que daba entrada a la modernidad urbanística y cerraba la etapa arquitectónica vigente desde la Colonia (Compte, 2017), en diciembre de 1897, José Abel Castillo asumía la dirección de *El Telégrafo* e ingresaba a la Logia Luz del Guayas (Pérez, 2005). El contacto con la Masonería se habría dado cuando colaboró como asistente de Juan Montalvo mientras el escritor combatía con la tiranía de Gar-

cía Moreno (Núñez, 2003). Nuevamente, los masones estarían presentes en proyectos que vinculaban a la prensa.

La gestión de José Abel Castillo

En 1899, José Abel Castillo adquirió las deudas y las acciones del periódico y se convirtió en el nuevo propietario. El 7 de ese mes circuló una nueva versión de *El Telégrafo* con un formato pequeño, de 8 a 12 páginas, escritas a dos columnas (Gómez, 1998b).

El diario mantuvo la línea alfarista hasta 1901. Ese año, el diario no apoyó al candidato liberal Leonidas Plaza Gutiérrez, pero continuó la promoción de los proyectos liberales: la ley de manos muertas, el matrimonio civil, el divorcio y la separación del Estado y la Iglesia, como puede advertirse en el siguiente editorial:

Dice monseñor González Suárez que el clero puede tener participación en la política. Si por esa participación se entiende la aceptación de todos aquellos cargos que, según la Constitución, pueden desempeñar los sacerdotes como los de senadores, diputados o miembros del Consejo de Estado. Nosotros agregaremos y ministros de Estado y hasta presidente de la República. Porque realmente deben los sacerdotes tener todos los derechos que la Constitución concede a los ciudadanos, pero por los votos que hacen, se hallan excluidos de tomar parte en los negocios públicos y según la Constitución vigente, están inhabilitados civilmente para los cargos administrativos y además no son ni electores ni elegibles. (...) La secular intransigencia de sus principios los incapacita para la vida política por encontrarse en oposición al amplio de-

Figura 3

El Telégrafo, Guayaquil, 5 de diciembre de 1896



Fuente: Biblioteca Digital CCE.

sarrollo de la civilización moderna. (El Telégrafo, 9 de mayo de 1901, p. 1)

El 16 de junio de 1902, un nuevo incendio afectó la ciudad, 26 manzanas se vieron afectadas, dentro de ellas, los talleres del diario. *El Telégrafo* dejó de circular por 10 días y luego, el 8 de noviembre, anunció el cierre temporal del rotativo hasta resolver sus dificultades (Gómez, 1998b).

En junio de 1902 cuando *El Telégrafo* perdió sus talleres en el incendio de ese año, Leonidas Plaza dirigía el país desde el 1 de septiembre de 1901. Si bien fue el candidato liberal, apoyado por Alfaro, pronto habrían de distanciarse, aunque mantuvo las líneas generales de las reformas liberales (Ley de Matrimonio Civil y divorcio, 1902; Ley de Cultos, 1904) y la construcción del ferrocarril.

Sin embargo y como se verá más adelante, *El Telégrafo* inició una relación de encuentros y desencuentros con el liberalismo, alejándose cada vez más del ala radical a la que apoyó en sus orígenes.

El Telégrafo volvió a circular el 1 de julio de 1903. Los talleres estaban localizados en las calles Aguirre No. 425, entre Chile y Chimborazo, y contaban con nueva maquinaria importada desde Francia (Gómez, 1998b). El objetivo del periódico fue posicionarse como el principal periódico de la ciudad. Para ello, incorporó noticias culturales, fragmentos diarios de novela e incluso plumas del calibre de José Antonio Campos y Camilo Destruge. Se mantuvo con el formato a seis columnas y cuatro páginas.

Sin embargo, serían los problemas políticos los que pondrían en crisis su estabilidad. Las diferencias entre Leonidas Plaza y Eloy Alfaro habían acentuado las divisiones en el liberalismo. Para las elecciones

de 1905, Plaza promovió a Lizardo García, comerciante guayaquileño, miembro de la Sociedad Protectora de la Infancia que había sido creada por José Castillo y León Becerra. El apoyo del diario a García se daba por descontado y con ello se ratificó la distancia que había tomado Castillo y *El Telégrafo* del liberalismo radical.

García gobernó por corto tiempo, desde el 1 de septiembre de 1905 hasta el 15 de enero de 1906 cuando fue depuesto por Alfaro. Cuando el diario condenó el derrocamiento sus oficinas fueron atacadas por fuerzas gobiernistas lo que acentuó más la distancia con el alfarismo radical.

La Asamblea Constituyente de 1906 designó Presidente a Alfaro y promulgó una nueva Constitución que estableció definitivamente la separación entre la Iglesia y el Estado. Ese mismo año, se había fundado diario *El Comercio* de Quito y el Banco del Pichincha, como una expresión de la necesidad de la Sierra de contar con una institución financiera que hiciera frente a las de la Costa.

En su segunda administración, Alfaro buscó afianzar el proyecto liberal. Uno de sus ejes fue la construcción del ferrocarril, tema que generó controversia. Los medios guayaquileños, entre ellos *El Telégrafo*, se opusieron al contrato de concesión para la construcción de la línea férrea por Acher Harman, contratista demandado en Estados Unidos y que había fracasado en la dirección de un ferrocarril (Uggen, 2004). Cabe recordar que fue el Primer Congreso Panamericano realizado en Washington en 1889, que recomendó la construcción de una línea férrea que conecte a las dos américas, por lo que el proyecto se ejecutó aún sin contar con inversionistas y sustentado a crédito externo.

El 17 de septiembre de 1907, al grito de Viva Alfaro, soldados, empleados del muelle y resguardos atacaron nuevamente los talleres de los periódicos opositores (Gómez, 1998b). *El Telégrafo* salió de circulación para reaparecer el 7 de agosto, pero el día 19, otro ataque obligó a Castillo a partir hacia el exilio por unas semanas (Pérez, 2005).

Camilo Destruge (1982) señala que en la segunda administración de Alfaro, *El Telégrafo* mantuvo una oposición moderada, informó extensamente sobre temas internacionales y fue parco en los asuntos de política interna, sin abandonar los temas de interés general.

El 11 de agosto de 1911, en medio de una revuelta popular, Alfaro renunció a la Presidencia y partió a Panamá. Carlos Freire Zaldumbide, entonces Presidente del Congreso, fue designado Presidente Interino. Convocadas las elecciones presidenciales, triunfó Emilio Estrada Carmona. Gobernó apenas cuatro meses hasta su fallecimiento en enero de 1912. El Congreso, con mayoría placista y conservadora, designó a Freire como Presidente. La decisión fue rechazada por los alfaristas de Esmeraldas que declararon Jefe Supremo a Flavio Alfaro. Por su parte, Pedro Montero se proclamó Jefe Supremo del Guayas.

Leonidas Plaza se desplazó a Guayaquil a combatir a Moreno. Alfaro, de retorno de Panamá, esperaba ser mediador entre los bandos de su partido, sin embargo, las fuerzas liberales radicales habían perdido terreno y estaban siendo derrotadas. Montero capituló, Alfaro firmó la rendición con la condición de amnistía para los levantados en diciembre de 1911 y su exilio. Desconociendo los acuerdos, Plaza ordenó la detención de Alfaro, sus generales y varios liberales, entre ellos el periodista

Luciano Coral, director del diario *El Tiempo*. Montero fue juzgado por traición, ejecutado y su cuerpo arrastrado por las calles de Guayaquil.

Los prisioneros fueron llevados a Quito por órdenes de Freire. El historiador Enrique Ayala afirma que es incuestionable el acuerdo de los placistas con los conservadores y los clérigos que azuzaron a la multitud. Su hijo Olmedo Alfaro acusó a Plaza y Freire de urdir un plan que terminó con el asesinato y responsabilizó a la prensa como instigadora del horrendo crimen.

El *Viejo Luchador*, como se llegó a conocer a Alfaro fue asesinado el 28 de enero de 1912. Ese acontecimiento marcó el epílogo del desencuentro entre conservadores y liberales. Alfaro impulsaba una modernización estatal con inclusión social, un desarrollo de la industria, una integración regional y el laicismo (Paz y Miño, 2013). Leonidas Plaza, representaba a la banca y los exportadores de la Costa que habían entrado en contradicción con el proyecto liberal.

La facción placista había triunfado. *El Telégrafo* se alineó con Leonidas Plaza, cercano al Banco Comercial y Agrícola, y selló su vínculo con los sectores financieros.

El crecimiento del diario

El crecimiento del periódico se sitúa durante la segunda Presidencia de Leonidas Plaza, 1912-1916, justamente en el momento de mayor auge de la banca costeña. Hay que recordar que para esta época el Banco Comercial y Agrícola, de Francisco Urbina Jado, y el Banco del Ecuador, gozaban de un poder inusitado porque eran emisores de moneda, se encargaban de comerciar los giros de los exportadores y controlaban el dinero en circulación en el país.

El historiador Juan Paz y Miño (2002) afirma que las confrontaciones políticas, la crisis con Perú y la guerra civil entre conservadores y liberales llevaron al gobierno a depender de la banca presionando por la impresión de papel que desató, posteriormente, una aguda crisis inflacionaria. Plaza reformó las leyes de control bancario, autorizó la inversión en otros negocios privados y favoreció la formación de oligopolios.

Rodolfo Pérez Pimentel (2005) relata que, con la llegada de Leonidas Plaza al poder, José Castillo viajó a Europa y Estados Unidos, donde adquirió dos linotipos para expandir la presencia del diario en la ciudad.

El Telégrafo literario, revista semanal, apareció desde el 9 de octubre de 1913 hasta el 22 de enero de 1914 y se convirtió en el foro de la corriente modernista que llegó desde Francia. Fue dirigido por José Antonio Falconí Villagómez, Miguel Ángel Granado y Guarnizo y Manuel Eduardo Castillo.

En ese año adquirió una rotativa plana Duplex con capacidad para imprimir hasta cuatro mil quinientos diarios por hora. Eliminó la edición vespertina, inició los *Jueves Literarios*, sección del periódico en el que escribió Medardo Ángel Silva. Amplió los temas de referencia incluyendo la columna *Para la mujer y el hogar* y, posteriormente, se afilió a los servicios de prensa internacional (Pérez, 2005)

Siguiendo el alineamiento con los sectores financieros, Castillo apoyó la candidatura de Alfredo Baquerizo Moreno, ex colaborador de Leonidas Plaza y representante de la élite guayaquileña. Durante su Presidencia, sucretizó la deuda de *El Telégrafo*, utilizada para comprar la imprenta de 1898. Gobernó desde el 1 de septiembre de 1916

hasta el 31 de agosto de 1920. En las elecciones de ese año, cuando triunfó José Luis Tamayo, el diario mantuvo una posición de neutralidad. (Destruye, 1982)

Es de suponer que sin la presión de pagos en dólares, la situación empresarial de *El Telégrafo* se consolide. En 1919 José Castillo conformó la Sociedad Anónima *La Previsora* que se convirtió en Caja de Ahorros en 1920 de la cual fue gerente Víctor Emilio Estrada Sciacaluga y Castillo, uno de sus directores. Se convertía, además de periodista, en banquero. Su posición dentro de la Masonería también se reconocía. El 19 de junio de 1921 fue electo Primer Diputado Gran Maestro de la Logia Masónica del Ecuador. Su posición como Director del periódico le daba además posicionamiento intelectual.

Siguiendo la línea del desarrollo capitalista, el 4 de julio de 1921, se inscribió la primera compañía anónima de comercio *El Telégrafo* (Gómez, 1998) para ejercer comercio dentro y fuera del país.

La formalidad implicó libros de contabilidad, responsabilidades civiles para el representante legal y la promulgación de un reglamento interno de funcionamiento, tal como lo expresan las escrituras públicas de constitución.

También fue la primera empresa editora en dejar constancia de la extensión de sus negocios a otras áreas, más allá de las netamente periodísticas o de imprenta, lo que luego sería una norma en el resto de empresas periodísticas que funcionaron en el país.

Ese mismo año, Castillo contrató al aviador Elia Liut para que vuele el avión de caza italiano que había adquirido y bautizado como *El Telégrafo I*. Pese a las discrepancias que mantenía con el presidente

José Luis Tamayo, la aeronave fue donada al Gobierno ecuatoriano para fundar la Primera Escuela de Aviación que funcionó en el país (Pérez, 2005). Posteriormente, adquirió la primera rotativa cilíndrica.

1921 fue un año clave en la historia del diario, Castillo inscribió la empresa, compró un avión, una rotativa cilíndrica, expandía su negocio bancario e iniciaba la expansión urbanística de la ciudad con la construcción del edificio de la Av. 9 de Octubre y Pichincha para ser sede del Banco La Previsora. Inversiones financiadas con recursos propios y con préstamos externos que significaron una gran presión para la empresa periodística.

El crecimiento de la empresa coincidió con el inicio de la crisis económica y ello habría de cambiar, radicalizar la oposición de *El Telégrafo* al gobierno de Tamayo. La caída de las exportaciones de cacao generó una fuerte presión fiscal, pues constituía el 71.3% de los ingresos públicos. Para tener una idea, las exportaciones cacaoteras pasaron de 20 millones en 1920 a 9 millones en 1921, y a 7.5 millones en 1923 (Acosta, 1995).

La devaluación monetaria llegó al 140% en 1923. La inflación y el desempleo golpearon, sobre todo, a los sectores populares. Las empresas periodísticas, en tanto importadoras, enfrentaban el alto costo de los materiales para la edición de los periódicos.

Cuando estalló la crisis, en 1922, *El Telégrafo* se alineó con los importadores, entró en una confrontación -poco advertida- con los exportadores y centró su atención informativa en las acciones de las organizaciones obreras a las que inicialmente el liberalismo había apoyado. Respaldó a Enrique Baquerizo Moreno, opositor de Tamayo, quien era Senador, Presidente de

la Asociación de Agricultores del Ecuador y cercano al Banco Comercial y Agrícola. Fue el agradecimiento a su hermano Alfredo Baquerizo por la sucretización de la deuda en 1916.

Con la huelga de los ferroviarios, el diario posicionó el concepto de movimiento obrero, vinculó la protesta con la inflación y celebró cuando concluyó con el incremento salarial a favor de los trabajadores.

La protesta social continuaba, los trabajadores declararon huelga para el 7 de noviembre y la confrontación de *El Telégrafo* con Tamayo aumentaba. En el fondo de la discusión estaba la anulación de los bonos producto de la sucretización que benefició al diario en 1916 y la propuesta del diario para que apruebe una Ley para la Incautación de Giros propuesta por Emilio Estrada, gerente de La Previsora (Tamayo, 2018). La empresa periodística y la banca cerraban así sus vínculos en búsqueda de salidas a la crisis que benefició sus negocios.

Al interior del movimiento obrero de noviembre de 1922 se dieron dos vertientes, una de corte sindical que buscaba mejoras salariales y otra de corte monetario que impulsó la aprobación de Ley planteada por Estrada y terminó contando con el apoyo del resto de periódicos de la ciudad.

Tras la matanza del 15 de Noviembre de 1922, la Ley finalmente fue aprobada. El nuevo cuerpo legal equilibró en cierta medida el poder de los exportadores cacaoteros. Castillo obligado a salir del país. Estrada encargado de vigilar la correcta aplicación de la ley. (Pérez, 2005). El movimiento obrero que ocupó portadas y páginas enteras pasó a denominarse conflicto obrero.

El diario quedó bajo la dirección de Ma-

nuel Eduardo y la administración en manos de José Santiago Castillo. Abel Castillo permaneció varios años en Europa. En 1925, el diario inauguró el edificio que lleva su nombre, el primero levantado sobre pilotes de mangle y en la torre central, el reloj público, copia del colocado en el Parlamento de Londres.

Conclusiones

Al trazar la línea histórica de diario *El Telégrafo*, es imposible no hacerlo en paralelo a la de sus dueños. La vida y las acciones de Juan Murillo Miró, primero, y de José Abel Castillo, después, impactaron en el devenir de la empresa y del matutino. El periódico fue y se constituyó en lo que planificó cada propietario. Las luchas políticas en las que intervino Murillo quedaron plasmadas en la gestión del rotativo que cerró sus puertas e incluso en la reapertura de la redacción tras su retorno del exilio. De igual manera, en la gestión de Castillo intervienen las relaciones sociales que logra generar, sus conexiones con los círculos masones, impulsores del desarrollo periodístico en el país, y de su cercanía con elementos centrales de la banca costeña.

Hay que reconocer que el surgimiento del diario, su presencia e influencia respondió a momentos políticos y sociales concretos. Las luchas liberales recorrieron de manera transversal no solo la política nacional durante las primeras décadas del siglo XX sino que influyeron también en el periodismo.

La libertad de imprenta fruto de la Revolución Liberal, así como el laicismo, permitió el surgimiento de una generación de intelectuales bajo cuyas plumas se escribieron las noticias y las crónicas presentes en los medios de comunicación.

La necesidad del liberalismo de contar con un medio de comunicación que informara de las acciones de los montoneros hizo posible que El Telégrafo concentre buena parte del mercado de la información de inicios de siglo en Guayaquil.

Es indudable el apoyo político que el que contó el dueño de *El Telégrafo*, Juan Murillo, para la reapertura del periódico tras su exilio en Chile, habida cuenta que fue gracias a su nota de prensa que se precipitó la llegada de Alfaro al poder. Son esas relaciones políticas las que están detrás de la sobrevivencia del periódico guayaquileño.

Una vez que se reabre el periódico, el azar también obra en favor del rotativo porteño. Los incendios que diezmaron Guayaquil, sobre todo el de Guayaquil de 1896 y el de 1902 demolieron la infraestructura de los periódicos, sobretodo de *El Nacional*, que dejó un vacío informativo que fue llenado por *El Telégrafo*. A eso hay que sumar las relaciones que Abel Castillo, su nuevo propietario, fue tejiendo al interior de la sociedad guayaquileña: apadrinado por un banquero y con nexos al interior de la masonería. Sin esas relaciones era poco probable el desarrollo de la empresa periodística.

Una vez incorporado en la cotidianidad del Puerto, el crecimiento de la empresa *El Telégrafo* fue constante, aunque ello significó el distanciamiento de su director del liberalismo radical y el acercamiento a la facción liberal que terminó apoyando al sector financiero expresado a través de los gobiernos de Leonidas Plaza y Alfredo Baquerizo. Fue durante esos gobiernos que precisamente se evidencia la expansión de la empresa a negocios financieros e inmobiliarios, así como el fracasado intento de incursionar de empresario de la aeronavegación que terminó con la

donación del aeroplano al Gobierno ecuatoriano en manos de José Luis Tamayo, que si bien reportó pérdidas monetarias, sin duda constituyó para la empresa un incremento de credibilidad y presencia en el territorio nacional.

Ya para 1922, la empresa se encuentra no sólo en el negocio de los medios de comunicación, sino también como importadora, comercializadora y con negocios financieros. La incursión del José Abel Castillo en el negocio bancario a través de la creación de la Caja de Ahorros La Previsora, que devino luego en banco, muestra las relaciones económicas y de poder que se tejieron al amparo de los medios de comunicación.

Ese amparo se evidencia en las decisiones de política pública que beneficiaron al diario. Primero con la sucretización de la deuda privada (convertibilidad de pesos a nuevos sucres), permitió que la deuda de *El Telégrafo* incurra para compra de imprenta, se consolide y deje de incrementarse fruto de la inflación. Posteriormente, al calor de la crisis de 1922, la presión del diario fortaleció la imagen del movimiento obrero y la lucha que emprendieron para ser escuchados, pero a su vez, significó la invisibilización de la plataforma de la lucha obrera en beneficio de la propuesta emprendida por el gerente de la Previsora que logró una Ley para Incautar Giros que dirimió las contradicciones al interior de la burguesía costeña dividida entre importadores y exportadores.

Esas acciones demuestran que los medios de comunicación, en este caso *El Telégrafo*, creció al amparo del apoyo masónico, de su relación con sectores financieros y con el apoyo estatal a través de políticas públicas, que intervino en el sistema político actuando como protagonista de los

hechos y como caja de resonancia de temas que deseaba posicionar en el debate nacional, como el del movimiento obrero, que luego fueron minimizados una vez obtenida la decisión presidencial.

Esta es solo una revista a 40 años de historia del rotativo guayaquileño, pero abre una puerta a futuras investigaciones que contribuyan a develar la historia total del diario.

Referencias

- Acosta, A. (1995). *Breve historia económica del Ecuador*. Corporación Editora Nacional. <https://t.ly/pxrO>
- Althusser, L. (1988). *Ideología y aparatos del Estado. Freud y Lacan. Nueva Visión*. Escuela de Filosofía Universidad ARCIS. <https://t.ly/osXi>
- Anderson, B. (1993/2006). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* [Colección Popular 498]. E. Suárez (Trad.). Fondo de Cultura Económica. <https://t.ly/gdtKb>
- Aróstegui, J. (1988). Historia y Tiempo Presente. Un nuevo horizonte de la historiografía contemporánea. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, (20), 15-18. <https://t.ly/nBEr>
- Ayala, E. (1994). *Historia de la revolución liberal ecuatoriana* (vol. 5). Corporación Editora Nacional.
- Ayala, E. (2012, julio). *La prensa en la historia del Ecuador: Una breve visión general*. Universidad Andina Simón Bolívar Ecuador. <https://t.ly/N-A6y>
- Bedoya, M. (2010, agosto). *Prensa y espacio público en Quito 1792-1840*. FON-SAL. <https://bit.ly/45jxdfH>

- Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. (s.f.). Biografía de Juan Manuel Balmaceda. BCN. <https://bit.ly/3WmrRwc>
- Borrat, H. (2003). Narradores en interacción. I/C. *Revista Científica de Información y Comunicación*, 1, 59-84. <https://bit.ly/43fdko5>
- Burke, P. (2005, abril). *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. T. de Lozoya (Trad.). Biblioteca de Bolsillo. <https://t.ly/Szyl>
- Califano, B. (2015). Los medios de comunicación, las noticias y su influencia sobre el sistema político. *Revista mexicana de opinión pública*, (19), 61-78. <https://bit.ly/3q7887q>
- Compte, F. (2017) Como el ave Fénix. Mirada crítica a la historia de la ciudad y la arquitectura de Guayaquil. *Academia*. <https://t.ly/Z0x1>
- De la Torre, P. (1996). El poder simbólico de la Junta de Beneficencia de Guayaquil. *Procesos. Revista ecuatoriana de historia*, (8), 119-138. <https://t.ly/6RoA>
- Destruge, C. (1982). *Historia de la prensa de Guayaquil* (vol. 2). Corporación Editora Nacional.
- El Telégrafo. (1901, 9 de mayo). *La cuarta instrucción*. No. 3020.
- Ginzburg, C. (1982. Febrero). *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*. Ediciones Península. <https://bit.ly/3IrJc0L>
- Gómez, J. (1998a). *Los periódicos guayaquileños en la historia 1821-1997* (vol. 1). Archivo Histórico del Guayas.
- Gómez, J. (1998b). *Los periódicos guayaquileños en la historia 1921-1997* (vol. 2). Archivo Histórico del Guayas.
- González B. (1896). *Crónica del gran incendio acaecido en Guayaquil el 5 y 6 de octubre de 1896*. <http://t.ly/3G9t>
- Gutiérrez, I; Rivera Rogel, D. y Barrazuela Molina, P. (2016) Desarrollo de la prensa en Ecuador. De la prensa ideológica a la empresa periodística. *Revista de la Asociación Española de Investigación de la Comunicación*, 3(5), 88-95. <http://t.ly/pyPPy>
- Junta de Socorros. (1896). *Informe que la "Junta de Socorros" de Guayaquil eleva al señor presidente de la República sobre la administración de los fondos con que ha socorrido a los damnificados por el incendio del 5 y 6 de octubre de 1896*. Imprenta Bolívar. <https://bit.ly/42WJG7k>
- Núñez, J. (2003) Fuerzas sociales e ideologías contrapuestas en la construcción del Estado nacional ecuatoriano. *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, (19), 73-96. <https://t.ly/ctCk>
- Orquera, K. (2015, julio/diciembre). Alfredo Albuja Galino. El periodismo en la dialéctica de la política ecuatoriana (2 tomos). Quito: La Tierra, 2013 [1979], 203 pp. (Tomo 1), 195 pp. (Tomo 2). *Procesos*, (42), 167-170. <https://bit.ly/3Ixx0rv>
- Orquera, K. (2020). *Prensa periódica y opinión pública en Quito. Historia social y cultural de diario El Comercio, 1935-1945* (Tesis de doctorado). Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. <https://bit.ly/45kLQ2e>
- Ortega, F. (2011). *La política mediatizada*. Alianza editorial.

- Paz y Miño, J. (2002). *La Revolución Juliana. Nación, ejército y bancocracia*. Abya Yala. <https://bit.ly/3MM7x4d>
- Paz y Miño, J. (2013). *La Revolución Juliana en Ecuador (1925-1931) Políticas económicas*. Ministerio Coordinador de Política Económica. <http://t.ly/1mWlr>
- Pérez, R. (2005). *Diccionario biográfico del Ecuador*. <https://bit.ly/3OyruN4>
- Pineo, R. (1994). Guayaquil y su región en el primer boom cacaotero (1870-1925). En J. Maiguashca (Ed.), *Historia y región en el Ecuador: 1830-1930* (vol. 30, pp. 251-294). Corporación Editora Nacional. [LFLACSO-05-Pineo.pdf \(1.2 MB\)](https://bit.ly/3Wt0PDH)
- Ponce, C. (1938, 6 de mayo). *La Bandera Manchada: Al margen de un artículo*. Editorial Montalvo <https://bit.ly/43d-YQF6>
- Rivas, F. (2009). La prensa escrita como documento histórico: cuidado, prevenciones y consideraciones. *Analizando los medios y la comunicación: teoría y métodos*, 51-65. <https://bit.ly/43ltkFn>
- Rojas, M. (2020). *El proceso urbano de Guayaquil: Del espacio portuario a la metrópoli*. Universidad Católica de Santiago de Guayaquil. <https://bit.ly/41Wg88z>
- Tamayo, N. (2018, enero/junio). El Telégrafo de Guayaquil y los hechos del 15 de noviembre de 1922: La Prensa como actor político en Ecuador. *Americania: Revista de Estudios Latinoamericanos*, (7), 137-158. <https://bit.ly/3Wt0PDH>
- Uggen, J. (2004) Archer Harman y el Ferrocarril del Sur. *Procesos, Revista ecuatoriana de historia*, (20), 37-54. https://t.ly/_7DhY

Para referenciar este artículo utilice el siguiente formato:

Tamayo, N. (2023, julio-diciembre). El Telégrafo: orígenes de un diario guayaquileño. *Yachana Revista Científica*, 12(2), 145-163. <https://doi.org/10.62325/10.62325/yachana.v12.n2.2023.871>